

Pero me preguntas que cuál será el placer del gusto. Y yo te pregunto que en qué consistirá el del olfato, del oído ó de la vista. Si tu respuesta es segura, la mía no puede ser dudosa. ¿Se comerá, pues, en el cielo? ¿Por qué no? Modelo de los bienaventurados en la tierra de los vivientes, nuestro Señor, después de su resurreccion, comió varias veces con sus Apóstoles. Cierto es que el buen Maestro lo hizo con el fin de probar la realidad de su cuerpo adorable; mas que lo hiciera únicamente por esto, está por averiguar. En todo caso, su conducta prueba que la manducacion no es incompatible con el estado de los cuerpos gloriosos.

Por otra parte, el cielo se nos anuncia frecuentemente como un festín de bodas, y la Escritura nos habla de comidas y bebidas que harán las delicias de los elegidos. Nada nos obliga á tomar estos placeres del gusto en sentido figurado, más que los del olfato y el oído, ni los árboles, flores y frutos, cuya realidad no se desmiente.

Sin embargo, no vaya nadie á figurarse que en el cielo habrá carnicerías y carniceros, cocineros y cocinas: estas groseras y laboriosas preparaciones del alimento habrán acabado para siempre. Por una parte, la muerte habrá

desaparecido de la tierra de los vivientes; por otra, habiendo consistido el alimento del hombre inocente en frutos, y no en carne, eso mismo volverá á suceder con el hombre regenerado.

Menester es añadir que la comida y bebida no se destinarán, como acá, á reparar las fuerzas del cuerpo, sino á proporcionar al sentido del gusto su legítima satisfaccion; en fin, que el cuerpo espiritualizado espiritualizará el alimento, de modo que éste no dará lugar á ninguna de las consecuencias humillantes de que va seguido en las condiciones de la vida terrestre ¹.

Placer del tacto. Este sentido está reparado por todas las partes de nuestro cuerpo; y cuando el cuerpo es herido, ó atacado de enfermedad, ó cubierto de úlceras, el sentido que más sufre, y aún el único que sufre, es el tacto. Del mismo modo, cuando el cuerpo está sano y vigoroso, el tacto es el que siente el placer y la comodidad.

Este sentido tendrá, pues, su bienaventuranza, y la tendrá sin variacion por toda la eternidad, cuando después de la resurreccion, hechos inmortales é impasibles los

¹ Véase á Belarm., *De Beatitud. Sanct.*

bienaventurados, gozarán de perfectísima salud. ¿Qué no dirán las gentes del mundo, especialmente en nuestros días, por verse perfectamente aseguradas del mal de gota, de piedra, de los muchos males de cabeza, de los riñones, de estómago, y de otras mil enfermedades? ¿Cuánto, pues, no deberían hacer, y qué no deberían dar por ganar el cielo, de donde están desterrados para siempre la muerte y todo género de enfermedades y dolores?

Más todavía. Aunque los cuerpos resucitados deben seguir siendo compuestos de carne y huesos, serán, no obstante, *espirituales*, ó lo que es lo mismo, de tal modo estarán sometidos al alma, que se moverán á su talento, subirán, bajarán, é irán por do quiera tan rápidos como el pensamiento, tan fácilmente como si fueran espíritus y no cuerpos.

Observa bien la compensacion. Como el tacto es el único sentido que sufre cuando nuestros cuerpos pesados y terrestres tienen que subir, ó bajar, ó llevar peso, ó correr de una parte á otra, así él será el que goce del placer indecible reservado á los cuerpos gloriosos, mediante la facilidad de trasladarse sin cansancio á todas partes.

Y ahora, mi querido Federico, queriendo

yo bosquejar las glorias y los goces de la tierra de los vivientes, ¿qué es lo que he hecho? Niño, he balbucido; ciego, he hablado de colores y disertado sobre pinturas. Tú mismo, da á mis palabras un sentido mil veces más elevado; añade cuanto tu corazón pueda desear, y tu espíritu concebir, y tu imaginación representar de mejor y más hermoso; dí todo eso en el lenguaje más magnífico: ¿qué habrás hecho? Niño, habrás balbucido; ciego, habrás hablado de colores y disertado sobre pinturas.

Son, pues, verdaderas, y lo serán hasta el fin de los siglos, estas palabras de un testigo ocular: «El ojo no vió, el oído no oyó, ni el corazón alcanzó á desear nada comparable á lo que Dios tiene preparado para los que le aman».

Tiempo es de cerrar esta carta, que será la última, y de resumir nuestra correspondencia.

El interés que tiene es todo para nuestros malaventurados contemporáneos. He aquí, bien lo sabes, los dos fines que me propongo.

Tu bien. Tú llegas ahora á las fronteras orientales de este sombrío y triste valle, que se llama la vida; y yo estoy tocando á las de

Occidente. Cual viejo marino que ha recorrido los mares, he querido, haciéndote participante de mi experiencia, orientarte sobre el derrotero de tu peregrinacion y preservarte de la fascinacion que á tantos y tantos navegantes extravía.

El bien de nuestros contemporáneos. El mundo actual da miedo y compasion.

Da miedo. Todo está en fermentacion: nadie se atreve á contar con el día de mañana. Diariamente nuevas doctrinas salvajes baten en brecha los fundamentos del edificio social que nos alberga. Todas las concupiscencias exaltadas hacen oír amenazas sanguinarias. Mientras las llevan á cabo ó no, los crímenes se multiplican horriblemente. La religion del desprecio, desprecio de Dios, desprecio del derecho, desprecio del honor, desprecio de la virtud, se extiende á ojos vistas, y los pueblos van haciéndose ingobernables.

Da compasion. Olvidando su dignidad, este mundo, que se cree tan ilustrado, se hace esclavo de la materia. En la materia busca la vida. ¿Y qué vida? La vida del animal, que come y bebe, y digiere y duerme, y con eso se contenta; no conoce otra: ha perdido hasta el sentimiento de su degradacion ¹. La ver-

¹ «Homo, cum in honore esset, non intellexit:

dad, para la cual ha sido creado, y que es la única que le puede ennoblecer, apenas encuentra acceso á su entendimiento. No solo huye de ella, sino que la odia en sí misma y la persigue en sus órganos.

¿De dónde proviene semejante demencia? De una sola causa: el hombre es esclavo del error radical que consiste en creer que la presente vida es la vida. Una palabra basta para probarlo. Que el mundo actual llegue á convencerse bien de que *esta vida no es la vida*, sino camino para ella, y mañana le vuelve el juicio. Sabrá lo que es, de dónde viene, dónde está, y á dónde va. Sus pensamientos, afecciones y actos, tomarán una direccion del todo nueva.

En vez de tener una importancia capital los negocios temporales que le absorben por completo, no serán á sus ojos sino de un interés secundario. Los bienes terrenos, medios por su naturaleza indiferentes, como honores, riquezas, placeres, serán de él, mas él no será de ellos. Buscados sin pasion, poseidos sin inquietud, perdidos sin amarguras inconsolables, él los domina y no es dominado

comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis». (Salmo XLVII.)

de ellos. Desde este momento quedan vencidas las tres concupiscencias; el hombre re-
puesto en su camino, y el mundo restituido
al orden normal, habrá vuelto á encontrar la
paz y la virtud.

No, y mil veces no; la vida de acá bajo no
es la vida, no puede serlo; la vida está en otra
parte. Estas son las dos verdades fundamen-
tales que importaba recordar, hoy más que
nunca, á este siglo XIX, siglo más fascinado
que ningun otro por el gran error de que esta
vida es la vida, toda la vida. Cumplido he-
mos nuestro propósito.

Desde el principio, llamándole al tribunal
de su conciencia, le hemos hecho la pregunta
que ahora le repetimos por despedida: «Oh
hombre, sér sublime, ¿te comprendes tú mis-
mo»? *¿O homo, tantum nomen, si intelligas
te?* ¿Por qué estás en el mundo? Hoy día, es-
pecialmente, que te crees tan ilustrado, ¿qué
haces? Imagen viva de Dios vivo, fuiste he-
cho para la vida, y amas la vida. La amas con
pasion, invenciblemente, superlativamente.
Arrastrado por un instinto irresistible, la
buscas por todas partes. ¿Cuál es, dínoslo,
la última palabra de tus trabajos, de tus afa-
nes, de tu agitacion, de tus sacrificios, de tus
virtudes, y aun de tus crímenes? Entra en el

fondo de tu alma, y allí encontrarás esta
inevitable respuesta: «Voy en busca de la
vida».

La respuesta es muy exacta. En todo, por
do quiera y siempre, el hombre busca la vida.
Es una ley de su existencia; por más que ha-
ga; no podrá sustraerse á ella. Seis mil años
hace que respira sobre la tierra, y nada ha
logrado detener ni aminorar el movimiento
impetuoso que le empuja á buscar la vida.
Por el contrario, cuanto más viejo se hace,
más anheloso es su ardor; porque cuanto
más se aparta, corrompiéndose, de la vida
verdadera, más redobla sus esfuerzos para
encontrar la vida mentirosa que sus pa-
siones han soñado, y que no encontrará
jamás.

Diríase que es un niño grande, que á orillas
de un lago tranquilo ve la imagen de la luna
en el espejo de las aguas, y la toma por el as-
tro mismo. Víctima de su error, se precipita
en el lago, y la imagen se le quiebra, y cuan-
to más él se agita por echarla mano, más le-
jos está de lograrlo. El rendirse, la desesperacion,
la muerte en medio de las aguas, es
todo lo que saca de sus penosos esfuerzos.
¡Niño grande! Alza la frente, y no busques á
tus pies lo que tienes sobre la cabeza. Eso

por que te afanas no es más que la imagen de la realidad ¹.

No obstante, la vida moribunda, la vida de las decepciones y los sufrimientos, no deja de tener algunos goces. ¿Qué será, pues, la vida de verdad? «¡Oh mi buen Maestro, exclamaba San Agustín; si de tantos beneficios nos colmais aún en esta vida corruptible: beneficios del cielo y del aire, beneficios de la tierra y del mar, beneficios del día y de la noche, beneficios del calor y de la sombra, beneficios de los vientos y las lluvias, beneficios de las aves y los peces, de los animales terrestres y de los árboles; beneficios de multitud innumerable de yerbas y plantas; beneficios de todas las criaturas, que, dóciles á vuestra voz, alegran nuestras penas y nos sirven de consuelo en nuestro destierro, ¿cuántos no serán, cuán extensos y cuán ricos los bienes que nos habeis preparado en la patria del cielo, donde os hemos de ver cara á cara?

»Si tanto haces por nosotros, ¡oh Señor! mientras estamos en la prision, ¿qué no ha-

¹ «Fili hominum, ¿usquequo gravi corde? ¿Ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium?» (Ps. IV.)

rás cuando nos hallemos en tu palacio? *Si tanta facis nobis in carcere, ¿quid ages in palatio?»* ¹.

SI TAN BELLA ES LA CARCEL, QUÉ SERÁ EL PALACIO.

SI TAN DULCE ES EL DESTIERRO, ¿QUÉ SERÁ LA PATRIA?

FIN

1 *Soliloq.*, cap. XXI., n. 1.